

La religión, en "comics"

De todos los sistemas para acoplar el cristianismo a nuestro tiempo, creo que este de los "comics", si se hace con ingenio y libertad crítica, es de los pocos que merecen atención.

Los hombres de hoy —jóvenes y menos jóvenes— tienen una tendencia a la lectura de este tipo de publicaciones: la imagen caricaturesca, la brevedad incisiva de los textos, el lenguaje dialogado y un cierto desparpajo, son características que atraen al lector actual porque —en este caso concreto del cristianismo— sirve incluso este camino para desmitificar tabúes y acercarlo humanamente al sentido popular que quiso tener el Evangelio cuando se escribió hace veinte siglos.

José Luis Cortés —el autor de este libro de "comics"— es un sacerdote comprometido en una labor pastoral, en contacto directo con la gente sencilla, y un excelente dibujante, lleno de ingenio agudo en su lenguaje y en sus figuras.

Ha escrito un libro de "comics" que tiene, como él mismo

dice, un "tufio anticlerical", pero sano y positivo, que participa de eso que el Evangelio es también: una mezcla aparentemente contradictoria de amables actitudes y de insultantes posturas, aquéllas con los débiles y éstas con los fuertes y duros. No tenemos más que recordar la comprensión con los pecadores y con la gente sencilla del pueblo, y los duros epítetos tanto contra el rey Herodes, como contra los publicanos.

La inspiración fundamental de este logrado ensayo de divulgación popular del cristianismo, se centra en el intento de desarrollar al hombre, darle confianza y hacer todo lo posible porque se desarrollen los demás (1).

Los capítulos tienen un trasfondo pedagógico notable y sumamente acertado. A través del dibujo y la palabra, lleno de humor al día, se llega como colofón de cada parte de la obra a lanzar pregones, redactar poesías, hacer plegarias y contestar a tests que "interiorizan" el mensaje del libro, el cual no es, ni más ni me-

(1) J. L. Cortés. *Un Señor como Dios manda*. Ed. PPC. Madrid, 1979.



José Luis Cortés.

nos, que la Buena Noticia que se expresa en esos cuatro libritos llenos de espontaneidad, e incluso ingenuidad, que escribieron los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan hace la friolera de veinte siglos, y que hoy requieren una presentación juvenil y popular acomodada a nuestros gustos.

No se dirige sólo a los jóvenes de edad, sino a los jóvenes de espíritu, a los que tienen el espíritu, como él dice, "abierto a la simplicidad y al humor".

No son estos "comics" semejantes a los mucho más libres de Claire Brétecher en el "Nouvel Observateur", que tienen un campo más amplio de lectores. La intención de unos y otros es diferente: el "comic" de Cortés entra dentro del campo cristiano y católico, aunque con independencia y libertad: el de Claire Brétecher intenta aportar unos datos históricos y humanos contados en "comic", y nada más.

Y entiendo que unos y otros son interesantes de difundir, porque son vehículo de educación popular religiosa: los unos —como el de Cortés—, con sentido religioso, y los otros —como el de Claire Brétecher—, con un afán de poner la realidad humana religiosa en su sitio, sin contemplaciones, pero sin resentimiento negativista.

El país —nuestro país— necesita un poco más de humor, de simplicidad espontánea y de desmitificación, tanto del clericalismo heato de muchos dirigentes de la Iglesia, como del anticlericalismo negativista de otros tiempos. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Antonio di Benedetto desde la espera

Hizo falta que el Premio Italia-América Latina 1978 —antes lo habían merecido Onetti, Lezama Lima y Jorge Amado— recayera en la novela "Zama", de Antonio di Benedetto, para que, nuevamente, esta obra fuese publicada (Alfaguara-Bruguera, Madrid, 1979). Y digo nuevamente porque ya lo está en alemán, francés, italiano, inglés y portugués. Hace algunos años, "Zama" también contó con su primera publicación en español (Planeta, Barcelona, 1972). Sólo que, entonces, muy pocos en nuestro país sabían de don Diego de Zama y, mucho menos, de Antonio di Benedetto. Y digo que hizo falta ese premio porque, así, al amparo de un galardón de prestigio —oh!, el prestigio de los galardones— y, sobre todo, de esta fiebre —beneficiosa, aunque no siempre selectiva— de las editoriales españolas por editar autores latinoamericanos, se va a reparar una injusticia. Cuando apareció "Zama" en nuestro país, pasó virtualmente inadvertida, ignorándose, tan ciegamente, una de las voces más singulares y significativas de la literatura escrita en castellano. Aunque sea de la otra orilla del Atlántico. Bien venido sea nuevamente "Zama", que, esta vez, trae aires de reparador de olvidos. Aunque algo tarde di Benedetto no ha corrido igual suerte que su personaje. Su espera —la del novelista— sí que ha tenido término.

Antonio di Benedetto.



La nueva revista "Ere"

Ya está en la calle el nuevo semanario vasco "Ere", cuyo contenido es bilingüe, con notable —y, de momento, lógico— predominio del castellano sobre el euzkera. Sale confiado en que "el hueco, importante a nuestro juicio, que resta en el panorama informativo vasco será cubierto por esta revista". De ahí su título,



"Ere", que significa "también", como si quisiera subrayar el hecho de que hay, o debe haber, sitio para todos. La dirige Luis Lacasa, ex subdirector de "Egin", y reúne en su Redacción a numerosos profesionales procedentes de este periódico, entre ellos, el que fuera su primer director, Mariano Ferrer. Situada en una línea abierta, sin adscripción alguna de partido o grupo, la nueva publicación muestra un afán informativo, cultural, de opinión y reportaje, realizado con profesionalidad e independencia. El primer número —cuya portada reproducimos— sale con 68 páginas, en negro y a todo color, entre las que no se cuentan las 16 del cuadernillo especial dedicado al Festival de Cine de San Sebastián, sede también de "Ere". Auguramos —y, desde luego, deseamos— a nuestro joven colega una vida larga y fecunda en el difícil campo de la información. ■ B. DE A.

La narrativa de Di Benedetto —“El pentágono”, “El silenciero”, “Los suicidas”, “Mundo animal”, “Declinación y ángel”, “El cariño de los tontos”, “Absurdos”...— se construye a partir de elementos muy simples. Sin embargo, pese a esa aparente sencillez, sus historias son hondas en cuanto al contenido, y ricas por su forma. Sus personajes nos llevan por caminos insospechados y dejan en nosotros la impresión de sobrevivir al texto estricto. En alguna ocasión se le ha vinculado al existencialismo por sus desoladas exploraciones de paisajes y situaciones mentales. El propio Di Benedetto ha declarado que hay una preocupación moral que informa sus cuentos y novelas: “preocupación de que no se cometan transgresiones de las líneas éticas que deben regir al hombre en su trato con el prójimo”. Sin embargo, yo creo que es el propio hombre en sí mismo, en la verdadera dimensión de su ser, lo que le preocupa sobre todo. Un hombre que debe hacer frente a la provocación de la nada, a la vecindad de la muerte, al misterio de la existencia, o al absurdo que revolotea como una premonición.

“Zama” puede servirnos de ejemplo. En ella, Di Benedetto describe las vicisitudes de don Diego de Zama, un gobernador del virreinato español del Río de la Plata. Durante nueve años, 1790-1799, don Diego de Zama espera —la novela es “un libro de la espera, no de la esperanza”—. Don Diego de Zama aguarda un nombramiento que lo traslade a Buenos Aires, Santiago de Chile o a la misma Corte. Y en esa espera, el personaje asistirá a su propia y total destrucción. Durante esa espera, el personaje verá producirse, inexorablemente, la progresiva descomposición de su vida y de sus sueños. Una destrucción que se produce a dos niveles: desde la realidad externa al propio protagonista, y desde su interior. En definitiva, “Zama” se perfila como el relato de la soledad y la frustración humana, que no es otra cosa que un estado precursor de la muerte.

La novela —como en otras obras de Di Benedetto— hace gala de una escritura esencial, matemática, casi telegráfica, de una precisión que repudia elementos superfluos. En “Zama” el lenguaje aparece cubierto de un

cierto barniz arcaizante, pero, en realidad, pleno de incitaciones actuales que hacen del tiempo pretérito en el que se inserta don Diego de Zama algo perfectamente contemporáneo. Plena-mente equilibrado y progresando

a la par que la acción, el texto, extraordinariamente límpido y ponderado, viene a reforzar lo complejo, lo ambiguo y desgarrado, la dolorosa violencia de las situaciones y comportamientos de don Diego de Zama. Un perso-

naje desbaratado, confundido y asediado por el absurdo y la nada. Alguien —quizá todos nosotros— que, como Besarión de “El silenciero”, busca la señal para salir de la espera. Una señal que nunca llegó. ■ SABAS MARTIN.

ADIOS A LAS LETRAS

Resurrección en otoño

En multitud de países del Caribe se practican todavía ritos en los que los indígenas se preparan para recibir al descubridor, al invasor, al prepotente. El ejercicio de recepción se organiza al milímetro: es como si se estuviera tratando de allanar el camino de una resurrección. Luego llega Cristóbal Colón y todos se acercan al que hace, en la obra teatral de los indígenas, de Rodrigo de Triana, quien, entre confundido y estereotipado, trata de ocultar su catalejo entre las piernas.

La maniobra de ocultación del otoño es común en multitud de culturas, y no sólo es patrimonio de las caribeñas. Lo que hacen los indígenas de esta zona del mundo es ocultar el otoño, o prepararse para su llegada. El otoño, dicen ellos y se dice ya en los países del Occidente europeo, es época de descubrimientos. Los descubrimientos políticos son galácticos, impermeables, se pueden deducir de la soledad del político que mande o de las conversaciones a media voz que éste mantenga con la alternativa.

Hay otro descubrimiento mucho más vegetal: el descubrimiento literario. Para ello ya hay ritos, que van desde el premio millonario hasta el libro del otoño, que inventó una editorial catalana. Antes, el otoño lo protagonizaban Carlos Barral y sus nuevos novelistas. Ahora lo ha acaparado para sí Argos Vergara.

Este año, más que descubrimientos literarios, va a haber resurrecciones. La editorial ya indicada ha puesto faja a un libro antiguo de Doris Lessing, “Un casamiento convencional”, una novela que los ingleses leyeron en 1964. Los españoles vamos a tener que leerlo quince años más tarde como si estuviéramos engullendo una novedad. La corsetería literaria es capaz de los más notables milagros. Pronto escucharemos cómo en el suelo patrio se habla de la novedad novelera de esta escritora iraní (nacó en Irán, pero luego vivió en Sudáfrica), que hizo con el “Cuaderno Dorado” una arma feminista de la mejor ley. En España ocurre lo que pasa en el Caribe: se confunde siempre el descubrimiento con la resurrección, con el revival.



Doris Lessing.

El revival se convierte, a veces, en maniobra de resurrección, claro. Resucitar a Cristóbal Colón ha sido propósito reiterado de anglosajones y españoles, que han querido cubrir la gesta del protegido una vez que éste mostró el camino y las carabelas. De modo que no debe extrañar que, en terreno tan movedizo como la literatura filosófica, esta manía se trate de igualar. Aquí se trata de resucitar ahora a Miguel de Unamuno y Eugenio D'Ors. Ortega y Gasset siempre estuvo resurrecto, de modo que es difícil que ahora nadie intente levantarle los brazos para que nos vuelva a imprecar: “No es esto, no es esto”. Pero a Eugenio D'Ors y a Miguel de Unamuno había que darles un golpe en la espalda, como si la espalda fuera España, para devolverlos a la vida, hacerlos corretear entre nosotros. Máximo, quien me ha escrito diciéndome que ya parezco menos silvestre que codac, pedía hace unos días un Pinochet para estos predios. España no ha olvidado el 98 y se sigue debatiendo entre la falta de esperanza en el pasado, la falta de esperanza en el presente y el terror abisal que nos augura el futuro.

Para los españoles el futuro es siempre el otoño, la galaxia más trasparente, el tiempo inclemente en el que el guerrero busca su refugio. Por eso, cada mañana que el español despierta es como si hubiera asistido a una resurrección: la suya, la de la historia que con él se fue a la cama. Al despertar, vuelve a leer a Unamuno, a D'Ors, a Ortega, relea los diarios de Colón. Como si se pellizcara. ■ SILVESTRE CODAC.